



ROMANCE TRAGICO

DE MARCOS VICENTE.

Refiérense los animosos hechos y valentias de este caballero natural de Valencia; dase cuenta de su cautiverio, y como renegó y se casó con la turca del amo que le habia cautivado: como fue veinte años pirata, y habiendo venido al Grao de Valencia, cautivó en la noche de San Juan á dos hijas suyas, y las llevó á Constantinopla.

PRIMERA PARTE.

Suspendido Faeton,
 vuela la fama y entone,
 desde donde nace el sol,
 hasta donde se traspone
 con su dorado arrebol.
 Vaya los aires rasgando,
 por el mundo publicando
 un suceso muy gustoso,
 tan agradable y sabroso,
 como se irá declarando.

Es un caso peregrino,
 de hiel mazclado en dulzor,
 de eterna memoria digno:
 para lo cual el favor
 invoco del Uno y Trino.

En la ciudad de Valencia,
 tuvo cierta dependencia
 un mozo noble y valiente,
 llamado Marcos Vicente,
 que le privó la paciencia.

Pues él y otro caballero,
coléricos y enojados,
el uno y el otro fiero,
salieron desafiados
de noche por un sendero.

Montantes los dos sacaron,
diestramente pelearon:
al fin Vicente venció,
y al contrario derribó,
y allí su pleito acabaron.

Por ser hombre principal
el muerto, Vicente huyó,
dejándose su caudal;
y junto al mar se escondió,
metido en un panizar.

Allí pensó estar seguro,
dejóse vencer del sueño,
no advirtiendo lo futuro,
donde le busca otro empeño,
tal como aquí le figuro.

De moros una galera
con ciento y treinta ladrones
llegó junto á la ribera,
la cual con sus municiones
se mostraba fuerte y fiera.

La perra y pésima gente
por la ribera buscando
andaba muy diligente,
y encontraron reposando
á nuestro Marcos Vicente.

Al ruido que llevaban
diligente despertó,
treinta turcos le cercaban,
mas él se desenvolvió,
tanto que se desviaban.

Con un gallardo semblante
rodea tan diestramente
seguro y firme el montante,
que ya la pésima gente
se le aparta de delante.

Porque difantos tenia
nueve delante de sí,
gritando en su algaravía
los demás: aquí, aquí;
y ya él Arraez venia.

Para salir de esta afrenta,
de moros mas de cincuenta
vino el turco rodeado,
el cual se quedó admirado
al ver lo que representa.

Marcos, nuestro valenciano,
y á los suyos dijo: afuera;
repórtate ya, cristiano,
ven conmigo á mi galera,
te trataré como á hermano.

¡Date ya, cristiano, á mí,
que por verte tan valiente
me he enamorado de ti.
Respondió Marcos Vicente:
ya soy tuyo, sea así.

Por mi adorado alcorán
juro á ley de capitan,
y á Mahoma por testigo,
que has de ser mi caro amigo,
libre de pena y afan.

Uno y otro se abrazaron,
y á una juntos juraron
de guardarse lealtad,
sin romper en su amistad,
y contentos se embarcaron.

Tanto el Arraez le queria,
que sin él no se encontraba:
siempre á su mesa comia,
y consigo lo llevaba
siempre de noche y de dia.

Y fue tanta la aficion
que el turco le fue cobrando,
que les causa admiracion
á los turcos de aquel bando
su mucha conversacion.

R. 22.284

Llegado el turco á su casa
que tiene en Constantinopla,
con una presa no escasa,
que el viento en favor le sopla,
notad, sabreis lo que pasa.

En llegando, que llegó,
una turca hermosa y bella
á recibirle salió,
tanto, que Vénus al verla
casi sin juicio quedó.

Las mesas se aderezaron;
muchos regalos sacaron;
y alzada que fue la mesa,
fue lo que comunicaron
solo del viage y presa.

Mandó el turco aderezar
un aposento curioso
para al cristiano alojar:
dejóle, y fuese gustoso
con su muger á acostar.

Entre tanto regocijo,
quién es aqueste cristiano
(la bella turca le dijo)
que regalais como hermano?
Algun misterio colijo.

Mucho sin duda parece
el valor de su persona.
Respondió el Arraez: merece
de este imperio la corona,
y es poco lo que se ofrece.

No ví valor semejante:
se defendió de mi gente
tan solo con un montante;
no hubo turco tan valiente
que le parase delante.

Qué diré de su nobleza,
su dulce conversacion,
afabilidad, destreza;
en efecto es un varon
real de naturaleza.

Tal fineza de él contaba,
tanto el turco lo alababa,
que ya la turca famosa,
del cristiano no habia cosa
que al alma no le llegara.

Como el turco era celoso,
ella al instante dió traza
para no serle enfadoso,
y sagaz amor le traza
con afecto temeroso.

Una noche al turco vió
en su cama descuidado,
un lazo al cuello le echó,
y apretando lo ahogó
con ánimo denotado.

Dando á entender á su gente,
que lo halló sólidamente
difunto sobre su cama;
muchas lágrimas derrama,
suspirando falsamente.

Quien mas su muerte sentia,
fue su dulce y leal amigo,
pesábale, y le decia:
no me traieras contigo
en tu dulce compañía:

Para no verme cautivo
en este pueblo lascivo.
La turca le dijo paso:
os quiero contar un caso,
no del muerto, sí del vivo.

El Arraez ya sepultado,
la turca se deshacia,
habló con su apasionado,
de esta suerte le decia
en un retrete apartado.

Esta muerte, dulce amigo,
trajo la gloria consigo,
que me veo ya apartada
de aquel, por verme casada,
dulces amores, contigo.

Adora nuestro profeta,
serás de mí regalado:
deja tu ley imperfecta,
sigue mi alcoran amado,
pues es tan buena mi secta.

Serás señor de la gente
que sirve en esa galera,
serás Arraez permanente:
la fama del otro muera,
pues eres tú mas valiente.

Tú serás de mi tesoro
señor, si te vuelves moro:
gozarás de mi hermosura;
no pierdas tal coyuntura,
que tengo gran suma de oro.

Ciego ya del interés,
y de su rara hermosura,
que al hombre tropiezo es,
Marcos Vicente apresura
hacia el infierno los pies.

Dejando aquella grandeza
en donde el alma atesora,
ofuscado en su maleza,
se casó con esta mora
por una breve flaqueza.

Justos andavo veinte años
por las playas españolas,
con excesivos engaños,
hasta que en las mismas olas
remedió Dios estos daños.

En Valencia le quedó
una niña de año y medio,
otra su muger pariò,
ausente de su remedio,
pues en cinta la dejó.

Noche del Bautista Juan,
estas dos damas doncellas,
y otras muchas damas van
al Grao, sus madres con ellas,
sin recelo y sin afan.

Es usanza acostumbrada,
de San Juan todas las noches,
la vigilia señalada,
ir las carrozas y coches
al Grao, vereda usada.

Cansadas de pasear,
las dos hermanas llegaron
á la orilla del mar,
y dormidas se quedaron
en un punto sin pensar.

Recordó despavorida,
y le dijo á la mayor
la menor muy afligida:
vamos, hermana querida,
vamos, que tengo temor.

Pues soñaba que un morazo
nos llevaba á Berbería:
qué disforme es el perrazo!
vámonos, hermana mia,
antes que venga el galgazo.

Apenas fueron alzadas,
cuando de su mismo padre
fueron las dos asaltadas,
y á gritos llaman su madre,
con voces aceleradas.

A las voces que ellos dieron,
muchas gentes se llegaron,
pero de valde vinieron,
sin fruto se aceleraron,
y sin ellas se volvieron.

Metiolas con gran presteza
el renegada en su barca,
admirando su belleza,
en su galera se embarca,
zarpando con ligereza.

Su afliccion y desconsuelo
procuró templar con arte;
todo lo demás direlo
en otra segunda parte,
si me dá su gracia el cielo.

SEGUNDA PARTE.

Refiérese como al cabo de tres meses se vino á descubrir que eran sus hijas las damas que habia cautivado, y por su medio se volvió á nuestra santa Fé católica; y disponiendo su galera para ir á Argel, bien proveída de cautivos cristianos, con su muger y sus hijas, dirigió su viaje para España. Dase cuenta como en el camino le dió muerte á su muger, y llegando despues con toda felicidad á la ciudad de Valencia, se echó á los pies de los señores del santo tribunal, y fue perdonado; con todo lo demás que verá el curioso.

Atencion otra vez pido,
para poder proseguir
lo que dejé suspendido,
y para poderlo oír
préstenme grato el oído.

A la vela el renegado
se hizo, y puesto en alta mar,
á su casa ha enderezado:
pensó un tesoro llevar
con lo que habia pillado.

Al paso que su alegría
iba tomando incremento,
la pena y melancolía,
la tristeza y sentimiento
en las cautivas crecía.

El trastorno que en el mar
padece el no acostumbrado,
verse robadas llevar,
un tan miserable estado
las llegaba á congojar.

Niñas tiernas, delicadas,
iban derramando perlas,
aunque muy agasajadas
del padre, y sin conocerlas
las llevaba bien cuidadas.

Muy grande fue el sentimiento
de los que al lance asistieron,
y con valor y ardimiento
remediarlas no pudieron,
que fue muy duro tormento.

Los extremos de la madre
lo mejor será dejar,
consuelo no hay que le cuadre;
la vida pensó acabar:
pero volvamos al padre.

Viéndolas ir sollozando,
las dice: damas graciosas,
para qué vais suspirando?
no lloreis, que sois hermosas,
y á mí me vais lastimando.

En mi casa servireis
solamente á mi muger:
niñas, no os acongojeis,
y bien lo podeis creer,
que muy queridas sereis.

De mi sereis regaladas,
por ser de tan buena tierra,
que me pareceis houradas,
y si mi mente no yerra,
nobles pareceis, cuitadas.

Algun tanto consoló
á las damas lo que habló:
con el viento que les sopla
fue en breve á Constantinopla,
y á su muger presentó

Las dos cautivas cristianas:
la cual de envidia se muere,
viéndolas ir tan galanas,
dice, que esclavas no quiere
tan gallardas y lozanas.

El piadoso renegado
se mostró muy enojado,
y dice: ellas han de estar,
y vos no habeis de quedar,
ó habeis de hacer mi mandado.

Ved que sean regaladas,
que eso les he prometido:
básteles á las cuitadas
carecer del patrio nido,
y en tierras tan apartadas.

Recibidlas con amor,
mientras que viene el rescate:
merezca yo este favor;
poco durará el combate,
pues parecen de valor.

La turca por conveniente
tuvo, hablar alegremente;
mas tal odio las cobró,
que nunca bien las trató,
sino es estando él presente,

Quando el padre se iba fuera,
desnudarse las hacia
de sus galas esta fiera,
mil oprobios las decia,
rabiando como quien era.

El piadoso renegado
descuidadas las cogió
á sus dos hijas amadas,
y así la turca pagó
la pena de las cuitadas.

Por dos ó tres largas salas
la arrastró de los cabellos,
igualando las escalas,
la casa barrió con ellos,
y la turca con sus galas.

Diciendo: perra homicida,
del alcorán descreida,
por Mahoma en quien adoro,
que os ha de costar la vida,
sino las guardais decoro.

Con el castigo se enmienda,
y ya no las maltrataba:
detúvose de la rienda;
antes las acariciaba,
porque su esposo lo entienda.

Mas no la dejó por eso
á aquella maldita infiel
su perverso pensamiento,
acabarlas fue su intento,
con un castigo cruel.

Mas como las asegura
quien no quiere que se pierda
su bella imágen y hechura
del que le dió larga rienda,
que su salvacion procura.

Un dia la turca estaba
en un baño y se bañaba,
y el piadoso renegado
en su cama descuidado
algun tanto reposaba.

Y como solas se hallaron
las doncellas este dia,
una cancion comenzaron
de la sagrada María,
la que ellas así entonaron.

En la corte celestial
un casamiento se ordena
con un Varon excelente,
y una Virgen santa y bella;

virgen es él, y virgen es ella.
El padre dispierto estaba,
y vino á reconocer
en su mente y parecer,
que muchas veces cantaba
esta cancion su muger.

Preguntólas: teneis padre?
deklaradme este concepto,
para que á mi Dios le cuadre,
que me digais, me prometo,
el nombre de vuestra madre.

En qué calle de Valencia
ha sido vuestra asistencia?
y respondió la mayor
con discrecion y prudencia:
escúchame, mi señor.

En la calle de la Mar
era nuestro sitio y casa;
mi madre se ha de llamar
Doña Ana de Villarrasa;

mi padre se fue á ausentar
De la ciudad de Valencia,
porque en reñida pendencia
á un caballero mató,
y jamás nos escribió,
con ser hombre de prudencia.

Yo de año y medio quedé,
y mi madre embarazada,
de esta mi hermana cuitada,
que se vé tan arrastrada;
esto es, señor, lo que sé.

Decid, doncella prudente:
por ventura vuestra madre
jamás os trajo á la mente
el nombre de vuestro padre?
sí señor, Márcos Vicente.

No quiso mas escuchar,
ya del todo arrepentido,
las hijas llegó á abrazar,
de amor de Dios encendido
no cesaba de llorar.

Abrazad á este perdido,
hijas mias de mi alma,
fiero, aleve y descreído,
que se vé abrasado en calma
si de Dios no es socorrido.

Que yo soy Marcos Vicente,
que veinte años he negado,
por este placer presente,
á Cristo, Verbo humanado,
Rey supremo omnipotente.

La turca llamó al instante,
y al llanto tan penetrante
pusieron puestas los tres,
dejando para despues
el medio mas importante.

A la turca dijo un dia,
como concertado habia
el ir á vivir á Argel,
por tener mas cerca de él
los cristianos que cogia.

Mucho le teme la mora,
no le osa contradecir;
vámonos, dice, en buen hora,
luego podemos partir,
cuando os parezca que es hora.

Metió todo su tesoro,
perlas, aljofar y oro,
las hijas en compañía,
y otros bienes que tenia;
mas no embarcó ningun moro.

Ciento y sesenta cristianos
alquiló para remar,
todos de España, y ufanos
se meten en alta mar,
de Dios puestos en las manos.

Cuando ya se vió engolfado,
de la morisma apartado,
á los cautivos decia:
caminemos con cuidado,
siervos de santa María.

Ya no sois cautivos, no,
que á vuestras tierras marchais,
tambien soy cristiano yo.

Y la turca preguntó:
qué es eso que pronunciais?

No renegasteis de Cristo,
de su Madre y de su fé?
Dices bien que renegué;
mas como mi engaño he visto,
la enmienda procuraré.

Si tú quieres ser cristiana,
estos bienes partiré
contigo de buena gana;
y si no te acabaré
como perversa pagana.

Respondió la mahometa:
no dejaré yo mi secta,
y en esto solo me fundo.
Pues anda, vete al profundo,
perra, tirana, imperfecta.

A las olas la entregó,
las aguas se la sorbieron:
y á remo y vela llegó
á Valencia, do supieron
el caso como pasó.

Las hijas, por rematar,
se vinieron á casar
con dos hijos del difunto,
uno con el otro junto,
ambos quieren perdonar.

Las bodas se celebraron,
y ricas fiestas se hicieron:
los cautivos ayudaron,
y luego los socorrieron,
y á sus tierras se marcharon.

Muchas glorias se les den
á Jesus de Nazaret,
y á su Madre, Virgen pura,
que nos den gloria segura
por siempre sin fin. Amen.

FIN.

VALENCIA.

*Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 24, donde se ha-
rán otros diferentes, comedias antiguas y modernas, autos sacra-
mentales, entremeses, historias, sainetes y papeles sueltos.*